



Historia ¿para qué? una obra necesaria en la enseñanza humana

Autor(a): Eduardo Benjamín López López
Esc. Sec. Part. No. 0495 “Complejo Educativo San Isidro, S.C”
15PES0984M
Valle de Chalco Solidaridad, México
29 de enero de 2023



Historia ¿Para qué?

Una obra necesaria en la enseñanza humana.



Pereyra, Carlos (1980). *Historia para qué*. Siglo XXI editores
ISBN 968-23-1023-7.

Enseñar ciencias sociales es una necesidad académica que ha ganado terreno en el campo del aprendizaje. Desde el nivel básico hasta la formación universitaria es importante formar a personas críticas del entorno que los rodea y con un alto sentido de responsabilidad humana para fortalecer las condiciones sociales emergentes y vigentes.

Los autores Pereyra, Villoro y Gonzáles (2004) coinciden con la idea de las sociedades y su reglamentación. En dicha premisa solo hay dos destinos; normalizar la alienación de los altos mandos como gobernantes, funcionarios o representantes de la ley, o bien, perecer a las nuevas estrategias de conquista, las cuales han quedado muy atrás del imperialismo y los

deseos expansionistas que hasta el siglo XIX perduraban. Las nuevas conquistas son discretas y están presentes en los medios de comunicación masiva, en la industria cultural y en las nuevas tendencias sociales que marcan definitivamente un antes y un después histórico en nuestra vida cotidiana.

Campos como la historia o la formación cívica se han remitido a la mera narrativa, sin un pensamiento diferente. Nos rodeamos de personas con toda inquietud comercial, inclusive de entretenimiento, pero sin deseos de cuidar en bienestar emocional o desapego individual y sin un deseo de bienestar colectivo.

Por otro lado, las ciencias exactas han adquirido mayor protagonismo. Interesa más dominar el campo técnico y tecnológico, cuya demanda es una discusión abierta porque la sociedad ha relegado el ejercicio crítico a un ejercicio de mera comprensión literaria. Actualmente las ciencias de mayor ejecución hoy se basan en las reglas metódicas que hacen del criterio humano un algoritmo, donde la duda simplemente no puede surgir.

La excepción a la regla se corrige solamente repitiendo el método. Y si no es funcional, no se analizan los errores que incluyen criterios humanos, sino que simplemente cambian de campo. Es así como ante un problema encontramos una solución y si ésta perdura, entonces el problema merece ser estudiado por otro campo en donde las teorías sigan reglamentadas. Por ello, hay que regresar a la vieja tendencia de buscar nuevamente un sentido para enseñar las nuevas ciencias sociales. Para ello existen recursos que nos permiten ubicar nuevamente el “dónde estamos y hacia dónde vamos”. Concretamente hablando de las ciencias históricas podemos identificar esta necesidad para que la manera de enseñar no se limite sólo a la memoria y en la narrativa, sino en el desarrollo de un pensamiento crítico que nos permita visualizar un mundo que puede funcionar de otra manera.

INTRODUCCIÓN

El reto que la educación es el de crear una conciencia histórica. La historia, vista como una disciplina formativa en los niveles básico y medio superior debe encontrar una aplicación real en el mundo. De no haberla no obtenemos del pensamiento crítico una ganancia.

La intención del presente trabajo es la de ofrecer una propuesta académica en el área de humanidades a quienes se dedican al ejercicio de la enseñanza de éstas. El recurso que se reseñará de manera analítica es la obra “Historia, ¿Para qué?” Publicada en 1980 y reimpressa en el año 2004 por la editorial Siglo XXI. La obra es una selección de ensayos elaborados por autores de la década de los setenta, cuyas aportaciones hasta el día de hoy siguen siendo vigentes. Desde Carlos Pereyra hasta Guillermo Bonfil Batalla y su incansable labor por construir una historia desde los estratos indígenas.

En este trabajo no se pretende defender la postura de un autor, solo se dan los elementos necesarios para valorar críticamente la intención de la obra, desde la que todos los autores parten.

Sobre la obra

Historia ¿Para qué? es el título de un libro editado en 1980, en el que un grupo de escritores e historiadores de la época responden a la pregunta ¿Para qué sirve la historia? formulada por las autoridades del Archivo General de la Nación. El libro, con las respuestas a manera de una serie de ensayos integrados en un solo texto, fue publicado para fundamentar la necesidad de preservar los archivos históricos de la nación en el edificio que por muchos años había

albergado la cárcel de Lecumberri. El inmueble fue acondicionado para recibir una gran cantidad de toneladas de documentos que integran la memoria de nuestro país y que son la base fundamental para la reconstrucción, análisis y difusión de nuestra historia.

En los 10 ensayos que contiene el libro, los autores abordan diferentes aspectos, visiones y enfoques sobre la utilidad, legitimidad y necesidad de la historia. Luis Villoro expresa en su texto titulado «El sentido de la historia» que la primera respuesta que acude a la mente es: «La historia obedece a un interés general del conocimiento, porque cumple con una función, la de ayudarnos a comprender el presente... pareciera que, de no remitirnos a un pasado con el cual conectar nuestro presente, éste resultara incomprensible, gratuito y sin sentido» (Pereyra, Villoro, Gonzales, Blanco, Córdova, Camín, Monsivas, 2004 pág 42). En el ensayo “Historia, ¿Para qué?” Carlos Pereyra señala que “quienes participan en la historia que hoy se hace, están colocados en mejor perspectiva para intervenir en su época cuanto mayor es la comprensión de su origen” (Pereyra, Villoro, Gonzales, Blanco, Córdova, Camín, Monsivas, 2004 pág. 17).

El plan de estudios de la Secretaría de Educación Pública menciona que la historia estudia el cambio y la permanencia en las experiencias humanas a lo largo del tiempo en diferentes espacios. Su objeto de estudio es la transformación de la sociedad y la experiencia humana en el tiempo. Su propósito es comprender las causas y consecuencias de las acciones del ser humano por medio del análisis de los procesos económicos, políticos, sociales y culturales que se han gestado en el tiempo y en el espacio del devenir de la humanidad. El presente que vivimos, tradiciones, costumbres, formas de gobierno, economía, avance tecnológico, sociedades, así como la historia de vida de los estudiantes que ingresan a la educación básica. Está construido por diversos hechos que acontecieron en el pasado; es decir, son resultado de la experiencia de las generaciones que nos han antecedido y han dejado huella en la humanidad. Por ello, la historia en la educación básica es una fuente de conocimiento y de formación para que los alumnos aprendan a aprender y a convivir con los saberes que proporciona a partir del pensamiento crítico, el análisis de fuentes y de promover valores que fortalezcan su identidad.

En las últimas décadas ha aumentado el interés por la enseñanza de la historia en nuestro país, y cada vez más instituciones la incluyen en sus planes de estudios. Se ha considerado fundamental establecer un diálogo permanente con nuestro pasado. Con el estudio de esta

disciplina se incorporan las humanidades al ejercicio pedagógico y hasta profesional, aportándole a éste una riqueza indiscutible.

Resaltan también sus aspectos filosóficos, éticos y visión prospectiva del aspirante a estudiar y a enseñar la historia. Pasando al siguiente peldaño del sentido historiográfico, es importante resaltar la múltiple utilización de la historia. La historia no puede transmitirse si esta no está diseñada con una intención liberadora.

La ya muy utilizada frase del autor inglés Goethe “escribir historia es un modo de deshacerse del pasado” propone un ejercicio continuo en la enseñanza de la historia, es esta forma de enseñarla desde un pasado lleno de eventos que involucran tragedias y revoluciones cuya violencia es detonante, pero no en el ejercicio que hay detrás de ella. De alguna manera, la historia la hemos enseñado al revés, desde las consecuencias hasta las causas, y así ha funcionado, pero; ¿Por qué no atreverse a enseñarla desde las causas, para de esta manera pensar si la solución pudo haber sido de otra forma?

Bajo la insignia de una historia de bronce, se nos invita también a estudiar la historia con una intención práctica y transversal. Dejando las historias y la comprensión para involucrarnos en el campo ético, social, religioso, inclusive artístico. Desde la referencia a los autogestores de la historia como Plutarco o Cicerón hasta la filosofía trágica de Nietzsche, existe un vínculo por encontrar en la historia este sentido de no solo ser contada, sino además de ser corregida en su manera de transmitirla.

Es de suma importancia percibir el sentido de la historia con esta insignia liberadora, y además agregar el deseo y el placer como ejercicio de hacer historia. Dejando antes que nada atrás ese mito de que la historia es solo de un campo aristocrático, o como en algún momento lo mencionó el historiador Bernard Russell “es contada sólo por los ganadores”. La enseñanza de la historia debe ser un ejercicio placentero que no genere la duda ni el cansancio, y es un ejercicio al alcance de todos, que no debe ser solo visto desde categorías discutibles como el triunfo, la derrota, la riqueza o la pobreza.

Bajo este escenario también es importante considerar el entorno cultural desde donde es idóneo construir la historia. La cultura también es un concepto cambiante con el tiempo, las sociedades y el constante devenir del individuo, pero; en general hay que entenderlo como ese conjunto de conocimientos e ideas adquiridos gracias al desarrollo de las facultades intelectuales, mediante la lectura, el estudio y trabajo. Por lo tanto, el ejercicio de enseñar

historia no solo es conceptual, también es un ejercicio que se ejecuta en la vida representada en el espacio y el tiempo en que vivimos.

El “placer” por hacer historia se resume en “la historia no debe perder su privilegio, su reino de una actividad hermosa de suyo; y habría que estimular las obras históricas que da gusto leer, que dinamizan y emocionan, con sensualidad y humor, con todas sus manías y excentricidades” (Pereyra, Villoro, Gonzales, Blanco, Córdova, Camín, Monsivas, 2004 pág 89) dejando claro en ello que el ejercicio definitivamente exige una disciplina lectora ávida, secuencial e inagotable.

El papel de la política en la enseñanza histórica también es un elemento indispensable de la historia. Su ejecución requiere mayor comprensión y especialización en el campo. No basta solo ser historiador, también debe haber simpatía por los movimientos sociales, los liberales, la economía, el arte y la cultura que acontecen en el país. El papel de la política es indispensable, pero no totalitario en la comprensión histórica.

La historia dentro de su proceso de enseñanza ha diseñado un modelo en el que se narra y se enseña desde el papel político de toda sociedad, dejando en segundo plano las ideologías económicas, culturales y sociales, dejando la enseñanza histórica en un campo selectivo, que solo puede incursionar en una profesión que involucre el ejercicio político notablemente.

“La esencia de la historia consiste en hacer del pasado mismo un problema del presente” (Pereyra, Villoro, Gonzales, Blanco, Córdova, Camín, Monsivas, 2004 pág. 93) y hay que entender que su ejercicio reside en la conciencia colectiva, en su poder de convicción y en la objetividad ante sus hechos.

Es importante que el historiador experimente el desapego mítico en la forma en la que se narra la historia. El ejercicio de la política no siempre ha tenido los resultados esperados, y la enseñanza de la historia como ciencia social debe entender eso. La política solo puede funcionar cuando las masas son conscientes de las consecuencias de su actuar, de lo contrario no hay avances.

Pareciera que la idea es compleja, o pareciera que no podemos contar la historia sin agregarle un toque mítico. Inclusive pareciera que mediante estos elementos la historia justifica los periodos de rezago en el país. Es por eso necesario que el historiador cambie el modelo y deje el campo político en un segundo plano, para darle campo al sector social, desde donde los cambios son más inmediatos y notables.

la idea de desapegarse de la política manifiesta la importancia de reivindicar el pasado en el estudio de la historia y posteriormente en su enseñanza. La historia no es solo política, como tampoco solo es el testimonio del héroe, sino también del oprimido, quien es la consecuencia de un opresor.

Es necesario desarrollar una necesidad por no solo conocer el pasado, también hay que pertenecer a él. A manera de oportunas comparaciones menciona que no es la misma historia la que dejó escrita Lucas Alamán que la que posteriormente escribió Daniel Cosío Villegas pues éste último además de ser historiador es economista, y además nuestra historia no es la misma que la que han dejado escritas ambos. Pero, es importante tener en cuenta que tanto la historia de Lucas Alamán como la de Cosío Villegas nos describen actualmente como sociedad. Han dejado de ser temporales no por el talento narrativo sino porque han sabido identificar esos elementos que hasta el día de hoy siguen describiendo a la sociedad mexicana, a la que actualmente pertenecemos.

Por lo tanto, la historia no puede ser contada siempre desde la diplomacia o los altos mandos, quienes realmente hacen la historia son las mayorías, los oprimidos, esos que viven y construyen la historia, pero no dejaron su legado escrito.

En conclusión

Es de suma importancia rescatar una pasión por enseñar la historia. No basta solo tener una serie de datos, también hay que fortalecer la narrativa, la calidad asertiva y hasta el humor con el que podemos promover el sentido por la historia. De alguna manera hay que enamorarse de ella para transmitirla con responsabilidad y cariño.

En la historia de México existen ciertas fracturas y conceptos que no se pueden ocultar, como la corrupción y la desigualdad social, con los cuales se convive día a día y que no pueden ser narrados como algo que ya pasó, o que surgió recientemente.

Hemos aprendido a sobrellevar muchos eventos de la historia normalizando sus inevitables misterios y en ellos hemos perdido el sentido de reencontrarnos con el nacionalismo que se pretende dejar en la enseñanza de ésta. Por ello, la historia nos ha superado en sus aconteceres y se ha sobrevalorado en su sentido de enseñanza. Por ello, se ha menospreciado el sentido emblemático de los edificios y monumentos, lugares que antes eran el detonante de un buen aprendizaje histórico y que hoy, en lugar de acercarnos al pasado que representa, se han

quedado en estructuras meramente decorativas. Hemos perdido esa emoción nacionalista de recordar en verdadero sentido de los eventos que han dado forma a la historia.

Las propuestas, a modo de preguntas son claras, y las respuestas abiertas ¿Cuánto se ha apropiado el historiador de la historia que pretende enseñar? ¿Realmente está convencido de aquello que quiere transmitir, o solamente hace ejercicio de la crónica y pretende depositar en el estudiante una serie de datos que no despiertan la mínima curiosidad por el saber, y que no permiten desarrollar un sentido crítico hacia el futuro? Basta revisar solamente nuestro entorno para convencernos de esto, o ¿Acaso es casualidad que después de la Revolución ya no encontramos héroes tan icónicos como los personajes surgidos en esa época?

Historia ¿Para qué? Es sin duda una obra que todo profesor de humanidades tiene que leer al menos una vez en el ejercicio de la enseñanza. A la pregunta inicial de: ¿Para qué le sirve la historia?, se puede responder con una frase: nos sirve para entender mejor quiénes somos, nos sirve para ser mejores en el ejercicio profesional de todo aspirante a cualquier profesión, llámese abogado, médico, contador o hasta empleado en una línea de producción. La historia siempre será una ciencia abierta. No tiene fórmulas que diseñen soluciones infalibles en los eventos del pasado y del presente. Tampoco nos da estrategias proféticas del futuro.

Tenemos individuos más analíticos, pero con poca conciencia social sobre problemas éticos o morales. Hemos desarrollado un gusto por el autoaprendizaje y los resultados inmediatos; pero con poca tolerancia a la equidad y a la igualdad de género, con una discreta normalización de la violencia pasiva reflejada en las redes sociales y con una relativización de la cultura cívica y los acontecimientos históricos.

Nos incomodan términos sociales como la tiranía, la rebeldía o el capitalismo. Pero analizarlos nos genera cansancio y nos resulta más fácil seguir promoviendo el desarrollo de posibles estrategias de análisis social que sin duda mejorarían las relaciones y las perspectivas de cómo vemos en estos tiempos el mundo. Partiendo desde quien ejecuta el ejercicio de la enseñanza como desde quien lo aprende.

Por ello no podemos aprender valores, conocer derechos o entender la equidad de género sin antes hacer un ejercicio histórico, sin preguntarnos en qué momento la desigualdad ganó protagonismo y encontramos gusto por la injusticia antes que por el triunfo de las mayorías. El ejercicio histórico es medular en el enseñar profesional humano, cualquiera que sea el campo que se ejerza. A partir de ahí todo tiene sentido. Dejarlo a la deriva y relegarlo a la

narrativa es condenar a las sociedades una vez más a normalizar el error como parte de la vida cotidiana.

Enseñar la historia es un ejercicio que exige intelecto y pasión. Brinda la libertad de enseñanza. Pero exige un compromiso social que va más allá del aula. No basta limitarse a contar hechos y limitarse a la memoria. Requiere de un ejercicio de pensamiento crítico fresco y constitutivo del día a día. Esta es la labor del historiador, descubrir qué vale la pena enseñar y qué vale la pena dejar en la cultura general.

Bibliografía:

Pereyra, Carlos (1980). *Historia para qué*. Siglo XXI editores. ISBN 968-23-1023-7